

con menos cantidad de notas construye más elegantemente la música. En cuanto á Santa María del Pino, iglesia gótica también, parece un trasunto de las beldades del período romántico; con su portada relativamente pequeña, su rosetón inmenso — el predominio de la mirada, los grandes ojos soñadores. — San Pablo del Campo pertenece á otra época muy distinta y todavía más hondamente religiosa: es fábrica bizantina; consta su existencia desde el siglo x. Allí buscó asendereada sepultura el conde Vifredo segundo; allí se ensañó Almanzor, el terrible asolador de templos cristianos. Y es que los templos, en los días de Almanzor, eran como la Acrópolis en las ciudades griegas y latinas: servían para invocar al Numen, y también para combatir á los enemigos de la patria. San Pablo ó *San Pau* conserva su rudo aspecto de fortaleza medioeval, recia, baja, ceñuda y sólida. ¡Qué contraste con las dos Santas Marías, donde la tranquila seguridad del triunfo de la Cruz florece en las abiertas rosas y en las torres frágiles y galanas! Al frente de San Pablo, en la portada robusta, se desarrolla un simbolismo de piedra: peces, estrellas, cabezas, una mano que bendice ó señala — confusa alegoría tal vez de la creación.

Lo que más me gusta de *San Pau* es el reducido claustro, con sus arcos trilobulados, y la complicada é ingenua labor de sus capiteles. Hállase en tales claustros el silencio, la soledad, la calma profunda y que deja al espíritu del viajero libertad para pensar en lo que se quiere, y fantasear lo que no existe. A veces, en alguno de estos claustros, por mí tan frecuentados, se me ocurre que el apego al pasado puede ser excesivo y asemejarse á una especie de enfermedad moral, y que al culto de las ruinas puede aplicársele la estrofa de Heine:

Tanto y tanto los muertos he invocado
al mágico poder de mi conjuro,
que vinieron al fin... y hora, al nublado
no quieren retornar de su antro obscuro...

* * *

Y no son momentos estos en que la actualidad no interese, con el mar de fondo del regionalismo y con los problemas planteados y jamás resueltos que aquí se agitan con violencias de palabra y de acción peligrosísimas.

Sólo que las antiguallas no nos traen penas, como las trae lo presente. Vivamos entre los muertos. — La función de teatro, inauguración del *Romeo*, á que asistí invitada por mi sabio amigo Sanz y Escartín y su familia, tenía también fuerte sabor arcaico; era *Batalla de Reinas*, el celebrado drama de *Serafi Pitarra*, conjunto de reminiscencias románticas, donde tan pronto vemos la amenazante cuerda cortada de *La campana de la Almudaina*, como la escena capital de la *María Estuardo*, de Schiller. Damas y paladines, cuitas de amor y arranques de odio fiero, valentías y traiciones, todo expresado en forma redonda y altisonante, por actores y actrices vestidos con prendas de esa guardarropía que no corresponde á ninguna época de la Edad Media y á todas puede aplicarse con intrepidez.

Sin violentar la realidad, yo situaba aquellos figuras bajo las arcadas de *San Pau* ó dentro de la altísima nave de Santa María del Mar, y allí adquirirían más realce, con el fondo apropiado á su estilo.

* * *

También visité la catedral, y la fuerza de las circunstancias me obligó á pensar en el destino terrenal de Santa Eulalia de Barcelona, toda vez que en el cielo bien sabemos que figura entre los coros de los que lavaron su túnica en la sangre del cordero. Parece que Santa Eulalia se ha convertido — de fijo sin pretenderlo — en patrona del regionalismo intransigente y antiespañol. Por cierto — ya que toco este asunto de pasada, de pasada lo diré también — que un periódico de Barcelona que á raíz de mi conferencia de París me trató de mala patriota, forma ahora, según dicen, en las filas de esta bandera enemiga de la patria. — Volviendo á Santa Eulalia, ante cuyo sepulcro me he detenido pensativa en la catedral, diré que si monopolizasen á esta Santa los enemigos de la unidad, los que tenemos la flaqueza, reprochada por Heine, de sentir profundamente el lazo patriótico, nos agarraremos á la otra Santa Eulalia, la de Mérida, cuya historia y actas me parecen todavía más conmovedoras que las de la barcinonense.

* * *

Notable parecido existe, sin embargo, entre ambas heroínas. Casi identidad; gemelismo absoluto. La

Iglesia celebra el 12 de febrero á Santa Eulalia de Barcelona, y el 10 de diciembre á Santa Eulalia de Mérida. Las dos vivieron en el mismo siglo. Supongo que la palma de la primera mártir encendió en noble emulación á la otra. El ejemplo vino del pueblo. Eulalia de Barcelona era plebeya; Eulalia de Mérida de padres nobles; fuera de esta diferencia originaria, creyéranse pareja de azucenas en una sola vara, abiertas al mismo sol. La virgen de Barcelona tenía trece años cuando se fugó de su casa; la fuga en busca del martirio, que era la suprema aventura, en aquellos primeros siglos del cristianismo, de los corazones juveniles; y, según costumbre de los confesores cristianos, se fué á la plaza pública á increpar al procónsul Daciano, enviado á España para ahogar en sangre la doctrina. Ya se sabe lo consiguiente á la confesión pública: el potro, la cruz, las hachas encendidas á los costados, hasta que Eulalia expira, saliendo de su boca una paloma blanquísima, y cubriendo la nieve con casto sudario su destrozado cuerpo.

Leed ahora la historia de la virgen emeritense. Más niña que la otra, á los doce años, arrostra el martirio, bajo el mismo Daciano, el perseguidor implacable de los cristianos españoles. También huye de su casa de noche, con una amiga y compañera llamada Julia; y como Julia anduviese aprisa, Eulalia le dice sonriendo: «Por aprisa que vayas, yo he de ser la primera en morir.» Y llega ante el prefecto, y confiesa, y empiezan los suplicios, los azotes con látigos emplomados, el aceite hirviendo, las uñas de hierro, que desgarran la carne infantil — y la frase hermosa «Ya está grabado en mi cuerpo con estos caracteres el nombre de mi Esposo» — y la muerte en la hoguera, con la paloma que sale de la boca, y la misma cándida mortaja de nieve. Es Prudencio, el poeta de los mártires, quien nos ha referido las proezas de esta Eulalia. Ante su altar, uno de los primeros que se levantaron en tierra española, crecían tres árboles cargados de olorosa flor, que en mitad del invierno embalsamaba el aire. El rezo de la Iglesia en su fiesta nos dice que por Eulalia se probó cómo el débil vence al fuerte. No cabe duda, la virgen de Mérida eclipsa á la de Barcelona, y es curioso recordar este fragmento de Leyenda áurea, estas narraciones sencillas y encantadoras del Año cristiano, ahora que del sepulcro de una Santa Eulalia se quiere que salga, no la paloma con la oliva de la paz, sino la Medusa de la discordia más horrible.

* * *

Extraña crónica de viaje — ahora lo advierto. — Pero si siempre me gustan las digresiones, en viaje especialmente las encuentro sabrosas y necesarias. Un día pasado dentro de varias iglesias, de las cuales salí para escribir, ¿qué había de inspirarme sino estos cuentos de santidad? Más vale recordar los tiempos de la fe, que lamentar las profanaciones artísticas que afean el claustro de la incomparable catedral de Barcelona; los retablos nuevos, de un dorado charro, que contrastan con aquella maravillosa rejería gótica, fina como la pluma y flexible como las ramas, y con otros retablos amorosamente acariados por el tiempo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORANEA

En Barcelona hay que estarse una quincena para empezar á ver, ó pasar como el relámpago. No pudiendo hacer lo primero, opté por lo segundo. Llegar, dormir una noche en el hotel, tomar el primer tren, continuar á Gerona, á la mañana siguiente...

Pero había contado sin la huésped. Y la huésped fué mi torpeza para descifrar los Itinerarios. — Si el que me lee es persona capaz de entender fácilmente la *Guía oficial de los Caminos de hierro*, me inclino, le saludo. Me cuesta un trabajo desmedido relacionar los trayectos, y me equivoco frecuentemente al combinar las horas. No debe de ser culpa de la *Guía*, sino, lo repito, de mi poca disposición para el manejo de ese mamotreto, no tan enrevesado, sin embargo, como el célebre *Guide Chaise*, al cual puse el sobrenombre de *Libro de los Vedas*. — Parece que había un expreso á las nueve de la mañana; pero el tal expreso se me escabulló, y sólo me enteré de que salía el tren de la una de la tarde, mixto, por más señas, y sin otros coches que los de segunda y tercera clase. ¿Quién no se zafa de tan incómoda carreta, y no aguarda el expreso de la noche? Me encontré en Barcelona dueña de unas cuantas horas, nada difíciles de entretener en tan magnífica ciudad.

* * *

Hay en Barcelona, aparte de la espléndida catedral, dos ó tres templos que son mis predilectos, acaso porque los vi despacio la primera vez que visité esa ciudad, llamada por Cervantes (que era viajero de profesión y testigo de cuantía) «flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España,» y quedé para toda la vida encantada de su doble fisonomía, mitad industrial, mitad artística, tan artística como la de Santiago ó Salamanca. — Como quien refresca dulces memorias de amistades que no se han extinguido, así fui á saludar por tercera vez á Santa María del Mar, á Santa María del Pino, á San Pablo del Campo.

Inspirados en un ideal genérico los templos, ninguno es igual á otro; cada cual tiene su alma propia, su sentido peculiar; en eso consiste su hechizo; la variedad dentro de la unidad, ley de belleza. — Santa María del Mar es una iglesia semi-aérea, en que la ligereza del estilo gótico de toda Cataluña y Aragón se exagera, si cabe; la finura de sus dos campanarios, la tenuidad de sus pilares, la altura de sus arcos, me recuerdan una sonata de Chopin, el compositor que